



Obrer@s, campesinos y consumidor@s

La producción, distribución y consumo global de alimentos subordina la seguridad alimentaria a la seguridad de las inversiones de capital. La invocación retórica de la “voluntad popular” como sujeto de la democracia de mercado, es solo la equívoca superficie de un ciclo de muerte: el proceso constituyente del capital. La democracia de mercado global consiste en crear las condiciones para la sostenibilidad de una lógica social totalitaria: la producción y reproducción del capital a escala mundial. Rotos los vínculos sociales y naturales de las personas y convertido el comercio en el vínculo social dominante, las víctimas de esta catástrofe llamada “progreso” se suman a ella, colaborando en el arrasamiento de la naturaleza, la salud, el territorio, los derechos humanos y su propia vida.

La circulación del capital se despliega dinamizada por el consumismo de las mayorías silenciosas de los países ricos, de las emergentes clases altas y medias de los países “en desarrollo” y de las élites de los países empobrecidos. Mil millones de personas cuyos deseos – sustentados en dinero – comparecen en el mercado, son el sujeto de la democracia global. El resto sólo son desechables.

La batalla contra un capitalismo global depredador y genocida tiene múltiples frentes. Los cambios en las pautas de alimentación y consumo energético de las amplias mayorías en los países ricos, constituyen un vector estratégico para provocar la crisis del actual modelo de desarrollo económico. Estos cambios requieren que millones de personas comprendan la dimensión política de la inseguridad alimentaria, la crisis ecológica y la precarización del trabajo y de los cuidados. La Agroecología y el consumo responsable de masas, forman parte de la construcción de un sujeto político capaz de impedir que el crecimiento por el crecimiento y la competitividad por la competitividad determinen el conjunto de las relaciones económicas y sociales.

Estos cambios no surgen desde dentro de la lógica económica (si soy perjudicado quizá sea la lucha la única opción posible para optimizar mi utilidad en el mercado), porque desde la lógica del mercado solo se obtiene más mercado (cuando mejore mi posición en el mercado abandonaré la lucha). Sin embargo, como esto es lo que la gente quiere oír, esto es lo que la izquierda dice.

Avanzar desde fuera de esta lógica, al tiempo que se está dentro de ella, es condición necesaria para la construcción de sujetos políticos (no solo lucharé porque soy perjudicado, sino también porque el sistema es perjudicial). Decir las cosas necesarias, aunque la gente no las quiera oír en primera instancia, es condición no solo para una lucha consecuente (capaz de sortear la cooptación de los líderes y los ataques del enemigo), sino sobre todo, para la construcción de una conciencia antagonista

en el sector más activo, en nosotr@s mism@s. Si la parte más organizada y generosa de la sociedad no abre la discusión sobre los problemas que pueden enriquecer o empobrecer los contenidos y la legitimidad de las luchas, no hay salida.

Por ejemplo, si superando mil dificultades, varios campesinos agroecológicos, se organizan para producir y no buscan la alianza con redes de consumidores facilitando su desarrollo, no habrá salida realmente agroecológica para esas cooperativas. Simultáneamente, si las redes de consumidores autogestionados urbanos, no se preocupan más que de sus tareas de compra y reparto, sin garantizar a los agricultores la compra de los volúmenes de producción que éstos necesitan para ser viables, dichos agricultores se verán obligados a abandonar estos circuitos militantes y tendrán que vender sus productos sin mirar quien se los compra. Eso supone que las redes de consumidores responsables se disolverán a favor de los departamentos de comida biológica de las grandes superficies o, en el mejor de los casos serán a perpetuidad un islote agroecológico en un océano de comida basura.

Al final de su vida, Marx adoptó el punto de vista del populismo ruso y consideró la posibilidad de una revolución social basada en el campesinado y su comuna rural (“oschina”), sin necesidad de pasar por el terror y la miseria del capitalismo. Sin embargo, para considerar la Agricultura Industrial como enemiga de los recursos naturales y de la seguridad alimentaria de los pueblos, no es necesario estudiar la ruptura antiindustrial y antidesarrollista del último Marx. Basta con registrar los daños en el arrasamiento de la cultura campesina, la degradación de la tierra, el agua y el aire y la entrega a las multinacionales del derecho a una alimentación sana y suficiente.

El sujeto político anticapitalista no es un proletariado o campesinado ideal. El sujeto político es el sector de la población que, en estos tiempos oscuros de “subsunción real” del trabajo, los cuidados y la naturaleza en el ciclo del capital desarrolla una práctica de autoorganización y apoyo mutuo entre los distintos procesos de lucha. En este camino, la cooperación y el diálogo entre el campo y la ciudad son tan importantes como la autonomía política y económica respecto al estado y sobre todo, respecto a la izquierda capitalista.

Podemos sostener las nociones de “campesino” y “proletario” como expresión de un sujeto potencialmente revolucionario. Pero a condición de: a) entender que ambos son productores dominados por el gran capital, b) que ambos son consumidores, c) que están integrados por hombres y mujeres (y las cosas no son igual para unos que para otras) y d) que una cosa es la potencia y otra, el acto. Sólo serán proletarios y campesinos revolucionarios los que observen unos comportamientos respecto al trabajo, el consumo, la forma de producir y comercializar alimentos, realmente alternativos y autónomos del poder, e) que demuestren con su implantación y crecimiento social su capacidad de resolver, de verdad y no sobre el papel, los problemas de la mayoría de la gente y no sólo los problemas de un puñado de militantes metidos a empresarios ideológicos.

A.M. IX'08